

Laureano Gómez. Psicoanálisis de un resentido¹

POR GABRIEL JEREZ V.

José Francisco Socarrás, *Laureano Gómez. Psicoanálisis de un resentido*, Bogotá, Planeta Colombiana, 1994; y Librería Siglo XX, 1942.

José Francisco Socarrás (1906-1997) se graduó como médico en la Universidad Nacional con una tesis titulada “Principios fundamentales sobre el psicoanálisis”, en 1930; doce años después, mientras se desempeñaba como rector de la Escuela Normal Superior (1937-1945) produciría este libro, el primero de psicoanálisis en Colombia. La campaña de “Restauración moral” o el “Revanchismo conservador” contra la Segunda República Liberal (de Enrique Olaya, Alfonso López Pumarejo y Eduardo Santos) en que estaba empeñado Laureano Gómez, convirtió el libro de Socarrás en un documento político. José Francisco Socarrás perteneció a la generación que, según diría él mismo después “[...] trajo un mundo de cosas nuevas en varios aspectos: las ideas marxistas, lo que significaba el experimento ruso, el sindicalismo, la reforma universitaria... Nos declaramos insurgentes contra lo que dominaba en el país, el feudalismo, contra la ruina de la Universidad. Esa generación creó la Universidad Nacional”.

No es poca la pretensión de Socarrás cuando emprende la composición de este libro, como tampoco lo es la de la época. Durante los años 1936-1944 se produjo, tal vez en el espíritu de larga duración de la Segunda República Liberal, una cosecha inusitada, en cantidad y calidad, de textos académicos: Luis Eduardo Nieto Arteta publica *De Lombroso a Pende* (1938) y *Economía y cultura en la historia de Colombia* (1941); Jorge Zalamea, *Esquema para una interpretación sociológica del departamento de Nariño* (1936); Germán Arciniegas, *Los Comuneros* (1938) e Indalecio Liévano, *Rafael Núñez* (1944).

El libro tiene el tono de ruptura de la modernidad, caracterizado entre otros rasgos por la creencia en la unidad de todos los productos de la razón; Socarrás es moderno en cuanto construye puentes entre el organicismo propio de la psiquiatría con un psicoanálisis ya fragmentado en varias heterodoxias. Inaugura aquí una tendencia del psicoanálisis, que se ocupa de problemas que trascienden el ámbito de la clínica que, unida a la pretensión de que su libro sirva como “terapia social”, constituye otro rasgo de modernidad.

Socarrás desarrolla la tesis de que Laureano Gómez representa una forma específica de perversión de LA VIOLENCIA colombiana, aunque confía en que éste sea un fenómeno pasajero: “el nervioso ejerce atracción sobre los nerviosos”. Gómez ejercía la oposición al liberalismo como parlamentario y director del perío-

¹ Esta lectura forma parte de la revisión bibliográfica hecha para el Proyecto “Historia de las disciplinas de la Facultad de Ciencias Humanas” que, en lo pertinente al Psicoanálisis, coordinó la profesora Silvia De Castro y en la que trabajó como monitor el autor de esta reseña.

dico conservador *El Siglo* con un estilo tan particular que captó la atención de Socarrás.

“Las normas clásicas” prescriben que el análisis psicológico se divida en dos momentos: actividad y afectividad. Desde el punto de vista de la actividad, Laureano Gómez es un “inquieto” (hoy diríamos un hiperactivo) que no concluye nada y sueña con descansar en el campo; un ingeniero que nunca ejerció porque lo que buscaba era destruir; un político que desprecia el poder en la medida en que le exige construir; un periodista cuyos principales talentos son la maledicencia y la doble moral indiscriminada, es decir, la permisiva para él y la restrictiva para los demás. La índole contraria de los actos de Gómez se debe, según Socarrás, a la interferencia de sus afectos. *El Siglo* fue el único periódico en publicar la primicia de que Francisco Franco se había tomado Madrid, en poder hasta ese entonces de los republicanos; esto resultaría cierto pero “tan sólo dos años después”. Gómez no quiso hacer caso de las advertencias acerca de confirmar la noticia: su ferviente partidismo por la falange española perturbó las funciones cerebrales “secundarias”.

“Furor sagrado” y “pugnacidad demoníaca” caracterizan los discursos de Gómez, su principal expresión de afectividad. Allí es emotivo en el sentido de que “toma a pecho asuntos sin importancia”, sobre todo los que se refieren a su propio ego; se exalta con facilidad, desconfía de todo el mundo y tiene el don profético de anunciar desgracias de las que, por supuesto, son responsables sus enemigos. La afectividad de Gómez es destructiva sin mayor discriminación: “Pero hay algo más; y es la propensión de Gómez a los chismes sobre homosexualismo. No hay hombre público en Colombia a quien no le haya colgado el sambenito de tal aberración. Dije antes que el enredo sexual es plato exquisito para su paladar enfermo... Viene después –escribe Augusto Ramírez M.– Enrique Olaya. De la manera más tranquila y seria, en pleno juego de su conciencia, sugiere que es pederasta”.

Cada uno de los rasgos de carácter de Gómez, son ilustrados por Socarrás con anécdotas y testimonios que no dejan lugar a dudas de que nunca fue demandado (tan sólo recibió las consabidas amenazas que lo llevarían al exilio). Es decir, aunque no haya

problemas de credibilidad permanecen las preguntas de siempre para las caracteriologías: ¿cuál sería el rasgo central o unificador del carácter de Gómez? ¿De dónde provendría? El análisis del carácter que Socarrás hace de Gómez, está orientado por *El temperamento nervioso*, de Alfred Adler (1926), psicoanalista heterodoxo en cuanto antepone las tensiones por el poder a las pulsiones libidinales de Freud. Desde este punto de vista, para Socarrás, Gómez es un resentido, es decir alguien cuya pasión dominante es “el odio indiscriminado, una forma de compensación del sentimiento de inferioridad”. La pasión destructiva de Gómez estaría mostrada antes. “¿Por qué se engendró el sentimiento de inferioridad en Gómez? Bastante hincapié hice sobre su debilidad constitucional, manifiesta en los rasgos *feminoides* de su niñez y su adolescencia”. Rasgos *feminoides* de tipo físico de Gómez, apodado “San Luis” al final de su adolescencia son, por ejemplo, la tersura de su piel y lo lampiño de su rostro; “rasgos *feminoides*” psicológicos serían la timidez y su manifestación más visible: “El Monstruo se ruboriza como una colegiala”.

Aquí tenemos, entonces, uno de los eslabones encontrados por Socarrás: la conexión entre la caracteriología de Adler y el organicismo psiquiátrico. Para éste, los rasgos del carácter están determinados por la constitución física y por el predominio funcional de algunos órganos. Comprobarlo depende de la correlación entre tipologías de constituciones físicas y de caracteres que, desafortunadamente, proliferan en la época y en el texto de Socarrás. Además gravita el presupuesto de que la diferencia de los sexos está asociada con la de los caracteres. La “pasividad, menor racionalidad y mayor emotividad” de la mujer son naturalizadas como parte de la localización orgánica del carácter. “Siempre le oí decir a ese maestro insuperable que fue Lombana B.: ‘la hipófisis es una glándula masculina a la par que el tiroides es femenina’ y ‘la emotividad constituye el foso principal en la delimitación de los sexos’”.

Pero aquí, en el terreno de las certezas, Socarrás se halla de nuevo ante un callejón sin salida: “Para determinar el tipo endocríneo al que pertenece Gómez, sólo dispongo de muy pocos datos orgánicos, y en cambio me abundan los psicológicos”. Por asociaciones sucesivas de datos psicológicos que conducen o

ratifican a los orgánicos, Socarrás concluye que en Gómez, “una glándula, que en sí misma lleva gérmenes de funciones dispares, se vio inhibida en una de ellas, en la época en que su acción era más necesaria; y la otra, por sí y por la falta de freno de sus antagónicas, echó a correr como caballo desbocado. La tragedia de Gómez es tragedia biológica”. Toda esa historia de glándulas ya había sido contada por Pende (citado por Socarrás) en el sentido de “que la fragilidad psicológica del organismo femenino está esencialmente unida a la inestabilidad del sistema endocrino-simpático”.

Aquí viene el segundo eslabón encontrado por Socarrás; la tragedia biológica de Gómez tendría su contraparte psicológica, demostrable mediante el psicoanálisis ortodoxo. Al no disponer de mayor información acerca de la vida familiar de Gómez durante su infancia, distinta del carácter “extremoso, rígido y fuerte del padre” y del cumplimiento de “la ley edípica”, de que Gómez padre tomó por esposa a una mujer parecida a su madre, Socarrás se dispone a examinar los datos de que dispone sobre la sexualidad de Gómez. Ésta sería tan frágil, tan inestable como la de su sistema endocrino-simpático: “Francisco Carbonell, José Camacho y Laureano Gómez se reunieron en la casa de Carlos José Gaviria. Camacho y Gaviria contaron historias de ‘amor fácil’ con el propósito de inducir a Laureano a emprender ‘correría nocturna, a caza del eterno enemigo del hombre’. De pronto Gómez se levanta de su asiento y con ademán tribunicio, sinceramente emocionado, con el corazón angustiado por el recuerdo lacerante de la bien amada ausente, les hacía con sugestiva elocuencia la descripción de cierto mancebo alemán, del cabaret El Dorado, de cuerpo apolíneo y cara preciosa, que en los ocios de las noches berlinesas servía de confidente a sus acres nostalgias de la Patria y de la política” (Pedro J. Navarro, *El Parlamento en pijama*, citado por Socarrás). Existía, a todo nivel, la percepción de que algo perverso anidaba en Gómez. Para Alfonso López Michelsen “...ese deseo de evaluarlo moralmente todo (la Regeneración moral de Gómez) es un síntoma de conflicto latente entre una perversión sexual inconsciente, en exceso poderosa, y una moral postiza, adquirida en la adolescencia”.

La conclusión de Socarrás muestra que su nivel de análisis supera el de la elite política e intelectual del país, no tanto en la constatación de que: “me resisto a creer que los impulsos homosexuales hayan logrado en Gómez satisfacción de facto. Sus confesiones en casa de Gaviria pueden interpretarse como simple fantasía, forma derivativa que acostumbran adoptar los complejos...”, sino en que logra interpretar el *nombre*, para entonces popular, de Gómez. “Desde su más tierna infancia Juan Lanús distingue hombre de mujer, y viceversa, con la misma certeza con que discrimina una especie animal de otra cualquiera, sin que nunca se haya dejado meter gato por liebre. Ciertamente que ha oído hablar de algunos monstruos que *participan de ambos géneros*. Yo debo confesar que no entendí a Gómez hasta tanto comprendí todo lo que hay en él de femenino. Las gentes con ese instinto sensible de las multitudes para juzgar a sus conductores, han dicho: es un monstruo, sin caer en la cuenta de que estaban formulando una profunda observación psicológica”.

¿Cómo es que Colombia, un país de “meros machos”, podía escoger como líder a alguien tan sospechoso como Gómez? “El revanchismo conservador” consistía en llamados públicos, por medios de comunicación legales, a la insurrección. Los políticos que promovían las sublevaciones armadas de los dos partidos tradicionales, habían sido a la vez caudillos militares que asistían armados a las sesiones del Congreso, protagonizaban desafíos y en eso fincaban su prestigio; Laureano Gómez, por el contrario, tiene una “obsesión de origen sexual” de miedo a las armas y una cobardía ante los desafíos muy costosas para su credibilidad como líder de un partido insurreccional. “Entre los conductores responsables de la nación —observa Silvio Villegas— ninguno es tan aficionado como él a la violencia verbal. Yo no condeno la violencia... al contrario, creo que es el único camino que nos queda en ciertos departamentos ante la insensibilidad moral del régimen. Lo que es una equivocación es provocar reacciones que uno no está en capacidad de resistir. La intemperancia hablada y escrita del doctor Gómez *hubiera sido* excelente si se tratara de un organizador, capaz de formar secciones de asalto en todo el país”.

Para Villegas, jefe conservador del Valle, Gómez es apenas una moda; lo mismo piensa Socarrás. “Afortunadamente Gómez

ha edificado prestigio político sobre la apariencia del carácter colombiano y no sobre su entraña misma, sobre la reacción compensatoria del complejo y no sobre la esencia de nuestro temperamento. Y no podía ser de otra manera, puesto que su papel de monstruo es también un fin neurótico ficticio... Él mismo sabe que es pura palabrería la invitación al atentado personal, que la conspiración es farsa, que los planes de revuelta son fantasmas para asustar y nada más. El país ignora *las verdaderas intenciones* de Gómez, que bien ocultas están detrás de bambalinas, y, sin embargo, no lo sigue”.

Aquí se equivoca Socarrás. Más de medio siglo de perspectiva histórica nos permiten enumerar las circunstancias en que el país terminó siguiendo a Gómez, sobre todo en La Violencia. Gómez “sabe” de las reacciones que suscitan sus discursos, de la misma manera que “sabe” de su conflicto latente entre “una perversión sexual inconsciente y una moral postiza”. Cuando se ve enfrentado a ese “saber” desplaza su responsabilidad a otros (*mala fe*) y/o *proyecta* su propio conflicto en otros: “Cuando en 1934 el conservatismo nortesantandereano quiso levantarse oficialmente en armas, que en realidad lo estaba, Gómez aceptó los hechos hasta el momento en que fue indispensable su autorización personal. Al tener que darla, volvió riendas y envió a un delegado, el señor Alberto Niño, para que calmara los ánimos”.

Finalmente, y como muestra de que el análisis de Gómez, hecho por Socarrás, sólo comenzó, como que no cubre su ascenso y llegada al Gobierno, reseñamos el artículo “Laureano y Saúl”, de Herbert Brown, (*UN Periódico* # 54, marzo de 2004). Allí se pregunta Brown: ¿Qué conocimiento tendría Gómez (siendo Presidente) de los “desmanes de la fuerza pública” ocurridos hacia 1952? Ya retirado del gobierno (1954) y desde España, Gómez evade (como en el caso anteriormente citado del conservatismo nortesantandereano) su responsabilidad: “De ninguna manera se aceptaba que el Presidente pudiera recibir noticias distintas de las que se le preparaban especialmente”.